



De la pérdida de memoria... ¡Líbranos, Espíritu del Señor!

“Al atardecer del primer día de la semana, los discípulos se encontraban con las puertas cerradas por temor a los judíos” (Juan 20, 19-23)

¿Y quién no tendría miedo? Pues a ver si alguno quería elegir correr la misma suerte que Jesús. Actitud esperable en los discípulos que tenían miedo de que sus vidas acabaran como la de su amigo Jesús. Y entonces, se encerraron, para protegerse. Pusieron cierre a sus puertas y se abroquelaron en sus temores. Intentemos ponernos un ratito en esta escena, estar con ellos, escuchar a los discípulos en sus conversaciones... ¿de qué hablarían? ¿cómo expresarían su frustración y desconcierto? ¿de qué alimentarían sus conversaciones?

Seguramente sus diálogos continuaban alimentando el miedo inicial de la diáspora y la dispersión que habían vivido tras la muerte de Jesús. Más ideas que alimentaban el miedo, más palabras que confirmaban las ideas. Y se les debe haber hecho un círculo de nunca acabar en el que el centro ha de haber sido la desesperanza y el sinsentido. En ese esquema de situación no es nada raro que permanecieran encerrados, pues la salida era vivida como amenaza de muerte. En una dinámica de esta clase lo primero que perdieron fue la memoria, ni hablar del Maestro les daría esperanza. ¡No! Pues seguramente se acordarían con desazón y espíritu de fracaso, pues toda la vida conocida había desaparecido de un plumazo, como si no hubiera existido. Como si lo vivido con el Maestro hubiera sido un bonito sueño. O una nueva esperanza frustrada... como tantas otras. ¡Claro! Es uno de los trucos y engaños favoritos del maligno... hacer perder la memoria del bien, de lo bueno, de la verdad, para anclar en el sentimiento de frustración actual... para hacer perder la esperanza futura.

¿Será que algo de eso nos ocurre hoy? ¿Habremos perdido la memoria? ¿Estaremos encerrados de miedo? ¿Habremos perdido la esperanza y anclado en los sentimientos de frustración y fracaso?

Todos conocemos el final de la historia de los Apóstoles... sabemos cuál fue el desenlace de ese día... “La paz esté con ustedes... sopló sobre ellos... reciban el Espíritu Santo... y podríamos continuar el relato.

Y los discípulos habrán recuperado en un instante la historia. La memoria de lo vivido con el maestro les habrá caído de un solo golpe, toda junta. Y todo se renovó, y todo habrá cobrado sentido nuevo. Y todo se habrá vuelto esperanza.

No perdamos la memoria, recuperemos la experiencia de la presencia del Señor en nuestras vidas. Aún en estos momentos inciertos y difíciles. Él está presente hoy como ayer. Él es quien nos ha salvado y socorrido. Él ha sido nuestra fuerza. Él ha soplado su Espíritu sobre nosotros fortaleciéndonos siempre, dándonos esa certeza interior del abrazo amoroso de Dios aún en los peores momentos. La memoria del paso del Señor fiel por nuestra vida nos abre al agradecimiento, el agradecimiento nos abre a la alegría presente y a la esperanza futura. Pues

la experiencia del Espíritu en nuestra vida, la certeza de su presencia, no nos permite dudar de que seguirá estando. El Espíritu del Señor estará pues ha estado siempre con nosotros.

Si hasta ahora nunca nos falló, siempre estuvo... seguirá estando. A la manera de Dios, dando vida no donde nosotros la queremos encontrar sino como Él nos la quiera regalar. Seguirá haciendo brotar retoños nuevos, no donde queremos verlos sino donde Él ha sembrado. Consolará nuestras heridas, aunque no nos ahorrará el dolor. Nos abrazará fuerte y nos hará sentir de pie aun cuando aparezcamos caídos.

La certeza de la presencia del Espíritu Santo es la corriente de vida eterna que nos atraviesa y que teje eternidad con cada minúsculo latido de nuestra vida, con cada decisión, con cada entrega, con cada minuto vivido para el Señor.

¡Vale la pena creer que así es!

¡Que el aliento del Espíritu renueve todo rincón del mundo!

María Bettina Raed
Directora Regional de la RMOP /MEJ
Argentina - Uruguay